Historia de los subterráneos de la Alhambra

Madrid

1894

Reel: 42 Title: 1

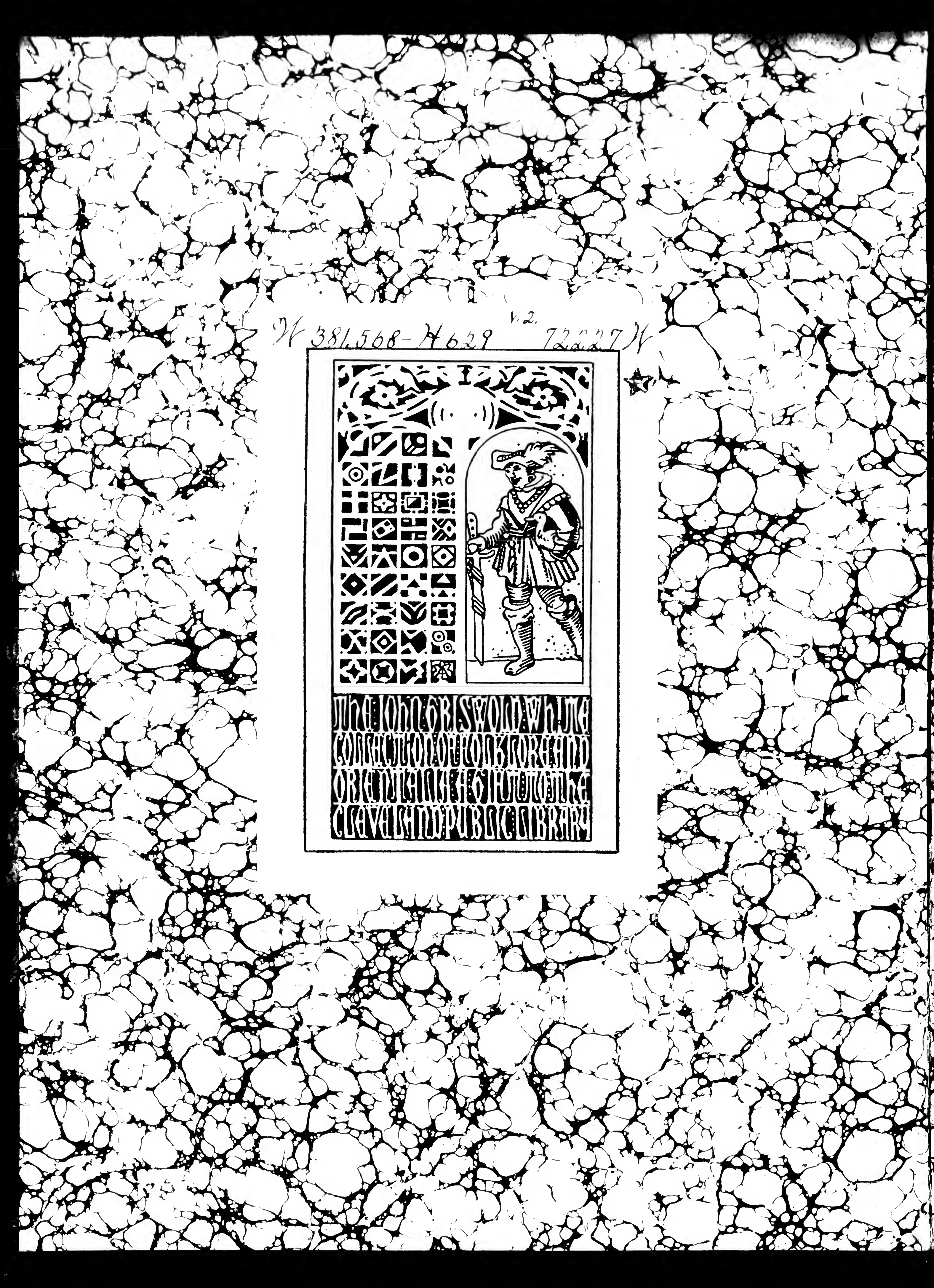
BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

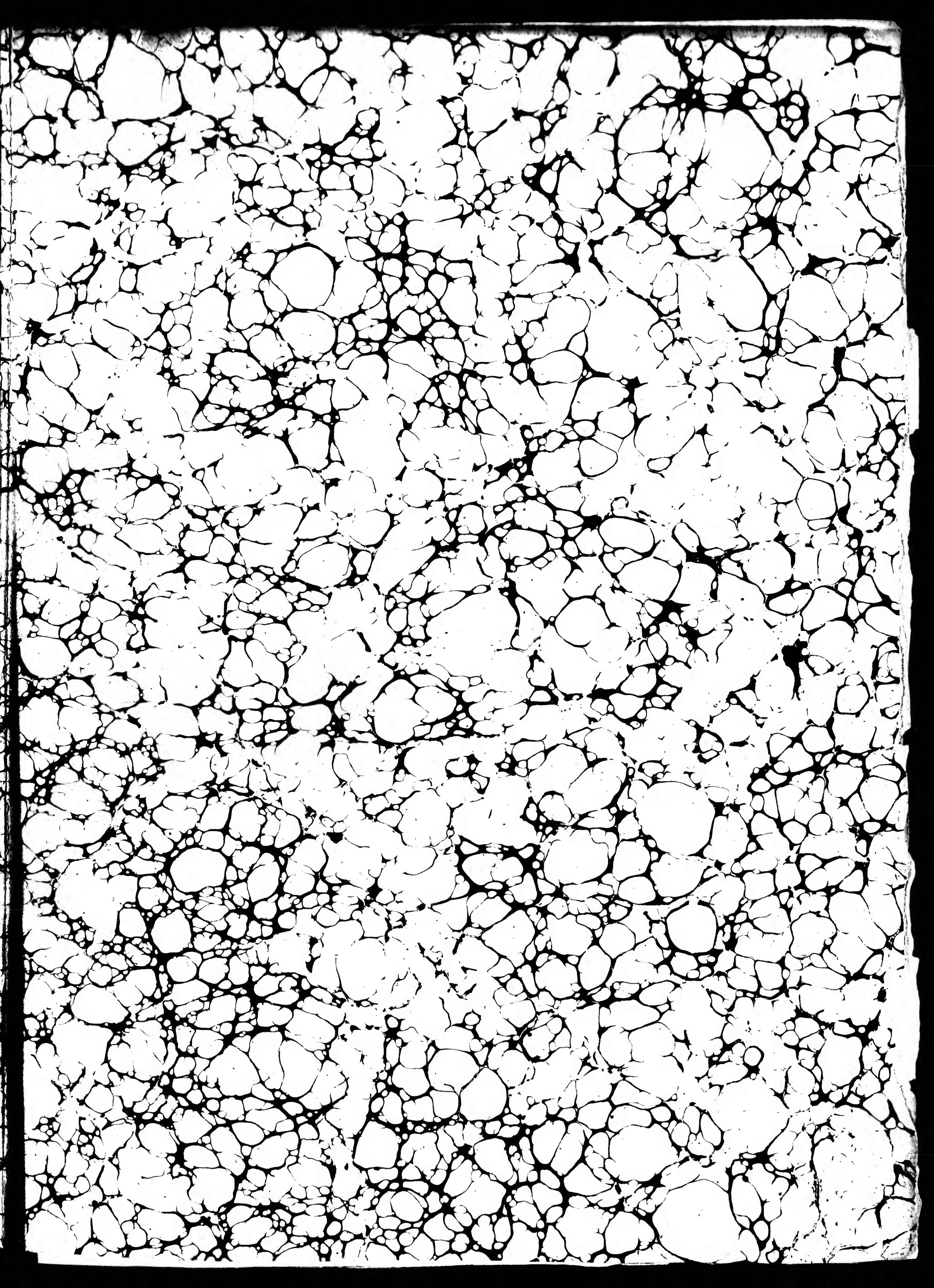
RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00042.01

Control Number: ADT-1353
OCLC Number : 29665430
Call Number : W 381.568 H629 v.2 HISSU
Title : Historia de los subterráneos de la Alhambra, o, Los amores de Aben-Amed, descendiente de los reyes moros de Granada.
Imprint : Madrid : Hernando, 1894.
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Los subterráneos de la Alhambra.
Note : Title vignette.
Note : With this are 21 other chapbooks.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: AR


The John G. White Collection of Folklore and Orientalia given to the Cleveland Public Library



(CUATRO PLIEGOS)



HISTORIA

DE LOS

SUBTERRÁNEOS DE LA ALHAMBRA

O LOS AMORES DE ABEN-AMED

DESCENDIENTE DE LOS REYES MOROS DE GRANADA

MADRID

DESPACHO: HERNANDO, ARENAL, 11

1894

LOS SUBTERRANEOS DE LA ALHAMBRA.

CAPITULO PRIMERO.

Vivia en la ciudad de Granada, hácia el año de 1587, un caballero llamado don Juan de Mendoza, antiguo noble cuyos padres habian contribuido á la conquista de Granada. Su hija doña María hacia todas sus delicias y la queria aun mas porque era un vivo retrato de su difunta esposa la muy noble doña Violante de Pimentel, que murió al dar á luz á su hija.

Muy sentida fué su muerte por su esposo y por todas las personas que la conocian; pero como el tiempo cura los mas grandes pesares, al fin y al cabo don Juan se consoló de la pérdida de su querida esposa y cifró todo su cariño en su pequeña hija, que al decir de las gentes era hermosa como el sol. Fué educada por su padre con todo el esmero que su nacimiento y su rango merecia, y como hija única, su voluntad era soberana, cumpliéndole sus padres sus menores caprichos; pero el alma de doña María, en vez de pervertirse, como sucede generalmente con todos aquellos á quienes no se les pone freno á sus pasiones, era un modelo de virtudes y cuantos la conocian la amaban; los pobres la bendecian, porque con su generosidad aliviaba la miseria, y sus criados la amaban tambien, porque los trataba con suma bondad.

A los quince años doña María era una mujer ya formada y de hermosa presencia. Multitud de adoradores la rodeaban constantemente y algunos principales señores habian solicitado su mano.

Entre los admiradores de doña María el que con mas empeño la amaba era un primo suyo llamado don Pedro.

Era este caballero hijo de un hermano de don Juan, que habia muerto hacia tres años, dejando á su hijo bajo la proteccion de un hermano.

Mas don Pedro tenia una alma tan perversa porque empezó su vida aventurera en los garitos y casas de prostitucion que más de una aventura escandalosa contaban de él, y en verdad que las tales aventuras manchaban el lustre de su familia.

Uno de sus defectos era el de ser hipócrita. Por eso don Juan creia que su sobrino era un buen caballero, y pensó casarlo con su hija; pero esta, que tenia una gran penetracion, conoció que aquel hombre nunca la podia hacer feliz, y sus palabras amorosas la fastidiaban. Mas como veia la predileccion que su padre dispensaba á don Pedro, se abstenia de confesar su repugnançia, y cuando su padre le indicaba á aquel diciéndole que con nadie mejor que con él podia ser feliz, ella le respondia:

—Padre mio, ¿qué más feliz podré yo ser que viviendo con vos y cuidándoos?

A esta amorosa respuesta don Juan no hacia mas que abrazarla y decir:

—¡Oh, cuánto se parece á su madre!...—y una lágrima rodaba por sus pálidas mejillas.

Don Juan habia amado mucho á doña Violante y su memoria siempre venia acmopañada de más de una lágrima.

CAPITULO II.

Donde el lector conocera un nuevo personaje.

Era una tarde del mes de Mayo, el crepúsculo tendia ya sus misteriosas sombras sobre Granada, y un hombre embozado hasta los ojos y cubierto con un sombrero de larguísimas alas se dirigia cautelosamente á lo largo de unas altas tapias que cerraban un huerto, á cuya estremidad se alzaban las torres de la Alhambra. Nuestro misterioso personaje, despues de llegar á una pequeña puerta que habia á un estremo de la tapia, se paró un momento, miró en torno de sí

por si alguien le seguia, y despues de conocer que estaba solo, introdujo una llave en la puerta y entró cerrando tras sí.

Al verse dentro dejó caer el embozo de su capa y la luna iluminó su rostro. Era un jóven como de veinte años; su cútis moreno y trasparente formaba una hermosa armonía con sus negros y relucientes ojos; su labio superior estaba cubierto por un negrísimo y rizado bigote, y en fin, su continente era de un apuesto mancebo.

El traje era particular. Vestia de moro y un encorvado alfange pendia de su cintura: en la mano llevaba una linterna y una azada.

Anduvo unos treinta pasos y se detuvo exclamando:

—Sí, sí, aquí debe ser,—y consultó un pergamino.—Juré á mi padre que penetraría en el subterráneo, y segun este pergamino aquí debe ser la entrada, al pié de este árbol.

Despues de estas palabras tiró la capa, y con la azada empezó á sacar tierra. Al poco tiempo de este trabajo la azada tropieza, produce un golpe seco y de la garganta del moro salió un grito de alegría. Sacó la tierra que la azada habia levantado y vió una losa de mármol blanco con una argolla en medio. Ayudado de la azada la levantó, apareciendo á sus piés una entrada estrecha con escalones que se perdian en la profundidad de la tierra: entonces ayudado de la luz de la linterna empezó á descender. Habia innumerables escalones. Al fin se halló en un vasto salon; su vista quedó deslumbrada, aquel sitio parecia encantado.

El pavimento era de blanquísimo mármol, las paredes estaban adornadas con arabescos de oro y marfil; el techo formado por magníficos mosáicos y un hermoso surtidor de mármol colocado en medio de la estancia embellecian este conjunto.

El desconocido se puso á examinarlo todo con sorpresa, se acercó á las paredes y despues de una muda contemplacion, sacó por segunda vez el pergamino, que estaba escrito con signos misteriosos, empezó por hacer con la mano un detenido reconocimiento por las ensambladuras de la pared diciendo:

—El pergamino dice que á los diez pasos está el secreto del tesoro y á los nueve la puerta que comunica con los subterráneos... ¿mentirá el pergamino? Pero no, sus indicaciones hasta ahora fueron exactas.

Y al decir esto, con una ánsia febril oprimian sus dedos la ensambladura. De pronto tropieza con un boton incrustado en la pared y lo oprime con fuerza. Un doble rechinamiento resonó en la pared y esta se abrió y apareció á los ojos del anhelante mancebo un cofre metido en ella; era de ébano con adornos de oro. Al verlo una lágrima rodó silenciosa por sus morenas mejillas.

—Aquí está,—dijo,—el cofre en que el desdichado Boabdil encerró sus tesoros... ¡Oh, infortunado rey! La Alhambra ya no resue-

na con los cánticos de tus héroes. Los cristianos te espulsaron de Granada, y tú, que eras bravo como un leon, la abandonaste como un niño.... Estaba escrito!

Despues de estas sentidas palabras sacó una llavecita dorada y abrió el cofre. Su vista quedó deslumbrada; aquel cofre estaba lleno de inmensas riquezas. Tenia tres divisiones, la primera con barras de oro y plata primorosamente cinceladas; la segunda con gruesos diamantes y la tercera con ricos collares de diamantes, ajorcas y brazaletes de brillantes y perlas. El moro cogió uno de los collares de perlas de fabuloso grandor, y exclamó:

—Aquí está el collar de la sultana Aumina y que no tenia igual... Estas ajorcas pertenecian á la hermosa sultana Zumega... todo, todo está intacto. Con el valor de estas alhajas hay para comprar un reino: sí, servirán para promover una sedicion y emprender la reconquista. Si esta pudiese llevarse á cabo, entonces... entonces seria yo rey de Granada; sí, yo, Aben-Amed, seria rey, sería dueño de la ciudad hermosa, de la sin par Alhambra, y los orgullosos cristianos acatarian mi voluntad, y mi abatida frente se erguiria, porque en mis venas corre sangre de reyes. Mi anciano y moribundo padre me reveló mi nacimiento, le juré que vendria á Granada y que con este tesoro ayudaria la rebelion de los moriscos... pero eso es un sueño. ¿Cómo poder derrocar á los reyes españoles? los moriscos están desalentados, la tiranía los oprime y toda tentativa seria inútil. ¡Estaba escrito!

Y al decir esto, un hondo suspiro salió de su pecho y quedó sumido en profunda meditacion. Pasado un rato irguió la cabeza, cogió del cofre varias alhajas, las guardó, y despues de cerrarlo, volvió á consultar el pergamino.

—La puerta de que este pergamino habla, debe estar aquí contando diez pasos,—y estendiendo la mano por la pared buscaba con afan.

—¡Oh, sí. Aquí hallé el boton,—y al decir esto oprimió el que estaba incrustado en los arabescos, y una puerta se abrió rechinando en sus goznes.

Penetró por ella ayudado de la linterna á cuya luz vió una larga y estrecha galería sostenida por columnas de mármol; se internó en ella y luego notó que seguia á la izquierda y que el piso empezaba á estar salpicado de escombros, que sin duda por el tiempo se habian desprendido del techo.

Aben-Amed, puesto que ya sabemos su nombre, tropezaba á cada momento, pues el camino se hacia cada vez mas impracticable, y para ver hasta dónde se estendia aquella galería levantó la linterna á la altura de la cabeza y vió en el fondo una especie de puerta. Entonces apresuró el paso y con la oscuridad se olvidó de que los escombros rodaban por sus pies; merced á esto tropieza, pierde el equi-

librio y cae haciéndosele pedazos la linterna y quedando en la mas completa oscuridad.

Al caer dió un fuerte golpe con la cabeza en una piedra y perdió el sentido.

Así estuvo una hora, al cabo de la cual volvió en sí. La sangre corria con abundancia y su debilidad era estremada; entonces le asaltaron sérios temores. Estaba solo, las sombras le rodeaban y casi no tenia fuerzas para levantarse; padecia horriblemente. Si no tenia fuerzas para volver á emprender el camino, el hambre le asaltaria, y allí, donde su voz no llegaria á oidos humanos, tendria que morir desesperado.

Dándole fuerzas la misma desesperacion, se levantó y arrimándose á la pared empezó á andar; á veces las fuerzas le abandonaban del todo y se dejaba caer en el suelo para tomar aliento, y otras exasperado se abandonaba y pensaba en morir.

Por fin, á duras penas pudo seguir adelante y de pronto se halló en el salon de donde habia partido la primera vez. Su alegría fué inmensa al verse á salvo de tantos peligros; tomó aliento y despues de un momento de descanso vendó la cabeza y salió por el mismo sitio que le vimos entrar. Al verse en el huerto respiró de alegría, y emprendió el camino de su posada. Llegó y su primer cuidado fué sacar los trajes moriscos, y despues de encerrarlos en un rico cofre se vistió á la usanza cristiana.

Como la herida le incomodaba bastante, mandó llamar un médico, quien la examinó y aseguró que era leve.

Aben-Amed, que llevaba ya algun tiempo en Granada, era conocido bajo el nombre de don Luis de Sotomayor, creyéndole todos cristiano.

Era buen mozo y gastaba sendos escudos de oro; esto bastaba para que nadie tratase de averiguar la vida privada de don Luis.

CAPITULO III.

Amores de doña María de Mendoza y don Luis de Sotomayor.

Era una hermosa tarde de primavera, y para disfrutar de ella habian salido por uno de los paseos de Granada don Juan de Mendoza, su hija y su sobrino don Pedro, que á pesar de la frialdad con que doña María le trataba insistia en sus amorosas pretensiones.

Iban nuestros tres personajes en sabrosa plática cuando de repente un bravío toro del país aparece en el camino. Su mirada fiera é inquieta se fija en el vestido de terciopelo, color de púrpura, de doña María y con impetuosa carrera se dirige hácia ella. Don Juan, con el susto de ver á su hija en tan grande peligro, cae desmayado en los brazos de don Pedro, y doña María, toda trémula y llena de espanto, da un penetrante grito al sentir el aliento de la fiera... Un segundo más y perece. Pero de repente el toro lanza un fuerte bramido de dolor y cae sobre sus piés delanteros bañado en sangre; todo esto fué rápido, instantáneo como el rayo.

Entonces los aterrados espectadores de esta escena ven delante de ellos y junto al toro un hombre con un puñal ensangrentado en la mano. Era don Luis de Sotomayor, que viendo el peligro en que doña María estaba, se arrojó sin vacilar sobre el toro con un puñal que hundió en su pecho hasta el pomo.

Don Juan que habia vuelto de su desmayo gracias á un frasco de esencias, al ver al libertador de su hija, se dirigió á él y con la alegría del padre que ve á su hija fuera de un gran peligro, le tiende la mano exclamando:

—Caballero, habeis salvado lo que yo mas amo sobre la tierra... Decidme, ¿con qué os podré pagar tan grande servicio?

Don Luis contestó estrechando con efusion la mano del anciano y fijando su vista en doña María:

—Señor, la casualidad hizo que yo tuviese la dicha de ser el salvador de esta señora, y me conceptúo bastante pagado con que algun dia tenga un recuerdo del hombre que la salvó.

Y al decir esto sus ojos se fijaron de nuevo en la hermosa doña María con una espresion de admiracion y amor, mientras aquella estaba sonrojada y sus largas pestañas bajaban sobre sus ojos.

La imprevista presencia de don Luis y su arrojo la habian hechizado, y su corazon latia bajo una sensacion hasta entonces desconocida para ella. Desde aquel dia no pudo apartar de su imaginacion el recuerdo de don Luis. En todas partes se le aparecia, en sueños, despierta, en la iglesia.

Desde entonces doña María ya no fué la niña alegre y jovial; su carácter se hizo más serio, mas reservado.

Don Pedro notó este cambio en su prima, notó las miradas de don Luis y el sonrojo de doña María, y comprendió que estaba enamorada.

Al hacer este descubrimiento empezó á tener celos y trató de acelerar su casamiento, para lo que habló con su tio diciéndole que doña María ya estaba en la edad de variar de estado.

Don Juan, que con casar á los jóvenes veia cumplidos sus deseos, exigió de doña María que se casase con su primo; pero esta, que es-

taba muy lejos de querer á don Pedro, se escusó pidiendo á su padre que dejase trascurrir más tiempo y que decidiria. Su padre quiso aparecer invariable en su voluntad, pero al ver que las lágrimas rodaban por el rostro de su hija cedió.

Doña María desde la terrible aventura del toro no volvió á ver á don Luis y cada dia le amaba más. Alguuas veces pensaba cuán feliz seria al lado de él; pero otras creia que ya no le volvería á ver y temblaba á la idea de que él no la amase. Mas aquella mirada quedó grabada en su alma, y solo un hombre poseido por la admiracion y el amor podia mirar de aquel modo.

Don Luis era el hombre á quien ella habia visto en sueños.

Este se habia visto precisado á dejar á Granada al dia siguiente de haber visto á doña María á causa de una carta de su tio Aben-Jarás que estaba en Málaga, para que inmediatamente emprendiese el camino de aquella ciudad.

Don Luis dudaba si marchar ó quedarse, porque en Granada estaba su alma, su vida. Doña María le habia hechizado, la amaba con todo el amor de una alma de veinte años que ama por vez primera.

La imágen de la jóven estaba continuamente grabada en su corazon, y diera la mitad de su vida por saber si ella le amaba.

Su tio segun decia la carta estaba muriéndose; solo esto podia hacer que don Luis dejase á Granada.

Se puso, pues, en camino pensando en doña María.

Cuando llegó á Málaga, Aben-Jarás aun tenia vida. Por espacio de un mes estuvo luchando con la muerte, hasta que un dia, sintiendo que su fin se acercaba, llamó á su sobrino y le dijo:

—Aben-Amed, muero con sentimiento por ver que Granada no vuelve á nuestro poder; moriria con gusto y mis más vivos deseos se cumplirian si te viese á tí en el trono de Boabdil; á tí solo te pertenece...

Al decir estas palabras las fuerzas le abandonaban, la muerte se aproxima.

—Aben-Amed,—continuo Aben-Jarás,—voy... á... morir.... Me... juras... no .. a...mar... á... nin...guna cris...

No pudo concluir la frase. Una palidez espantosa cubrió su rostro y sus ojos se cerraron. Habia muerto.

Aben-Amed vertió amargas lágrimas sobre el cádaver de su tio. Aquellas palabras que la muerte habia impedido concluir aterraban á Aben-Amed. Su tio le habia querido exigir que no amase á ninguna cristiana, y aquel juramento no lo hubiera podido prestar porque amaba á doña María y por ella hubiera abandonado cien reinos.

El amor de Aben-Amed era muy grande y mas poderoso que la ambicion y que las creencias. Felizmente para él, Aben-Jarás no pudo concluir la frase, y conoció lo que su sobrino á toda costa quería ocultar.

Aben-Jarás fué uno de los que más habian trabajado por la reconquista y promovido algunas sediciones entre los moriscos de las Alpujarras.

CAPITULO VI.

En el que el lector verá como don Luis estuvo mas cerca de doña María de lo que él pensaba.

Don Luis ó Aben-Amed, despues de hacer los últimos honores á su difunto tio Jarás, dió vuelta á Granada, y la noche de su llegada se dirigió al subterráneo, provistó de todo lo necesario para ver á dónde aquella puerta conducia.

Entró con las mismas precauciones que la primera vez, y tambien como entonces iba vestido de moro, porque no queria profanar aquel sitio en donde solo fieles musulmanes habian entrado.

Encontró la losa de mármol como él la habia dejado y luego se halló en el salon donde estaba el tesoro.

Se dirigió sin vacilar al misterioso resorte y entró por el subterráneo. Despues de andar largo rato, divisó la puerta; se acercó á ella, la empujó, pero no cedia; sacó la daga que pendia de su cintura y con ella hizo saltar la cerradura, y la puerta cedió.

Su admiracion fué grande al verse en una estancia tan ricamente amueblada é iluminada por muchas bujias. En un estremo de la habitacion habia un lecho suntuoso; grandes colgaduras caian por sus lados y dejaban medio descubierta á la persona que en él estaba. Su admiracion creció al ver que una mujer era la que en el lecho reposaba. Estaba dormida; su pelo de un rubio hermosísimo asemejaba á madejas de oro y caian en desórden por las almohadas, su cabeza estaba descansando sobre un hermosísimo brazo del color del alabastro y la ropa algo caida dejaba ver sus hombros blanquísimos.

Don Luis la miraba petrificado: aquella estancia, aquellas luces, y en fin, aquella mujer, ¿cómo era posible que se hallasen en aquel sitio del que solo él sabia la entrada? Pero luego se acordó que aquellos subterráneos decian que comunicaban con las casas de la ciudad. La curiosidad reemplazó á la admiracion, y acercándose cautelosamente al lecho miró la cara de la mujer dormida y un grito sale de su boca.

En aquellas facciones reconoce á doña María, á la mujer que tanto adoraba.

Al débil grito que dejó escapar don Luis, doña María despertó; al ver un hombre en su misma estancia se queda aterrada; el miedo la embarga la voz. Don Luis, conociendo el embarazo de la jóven y conociendo tambien el peligro que corria si ella llamaba, desenvaina su daga, se adelanta al lecho y prestándosela, la dice:

—Señora, nada temais, vuestro honor no peligra; os entrego esta arma, y si no me creeis atravesadme el corazon.

Doña María le mira sin poder articular palabra, pero se acordó de haber oido en otra parte aquella voz; se fija en el rostro de don Luis y exclama:

—¡Oh! esto es un sueño... ¿quién sois vos? ¿qué venis á hacer aquí? ¡Ah! teneis la misma voz, las mismas facciones; pero no sois él; esas ropas... esa repentina aparicion á estas horas... Esplicadme, esplicadme todo, ó llamo.

Y su mano se dirigia á un llamador.

Entonces don Luis, sin poder contenerse, se arrojó de rodillas, y lleno de amor y de ansiedad exclama:

—Por Dios, no llameis, doña María... escuchadme por piedad y os lo esplicaré to...

Doña María, al oir esto retiró la mano, y pasándosela por la frente, dijo:

—Pero.... ¡Dios mio! otra vez esa voz me parece la de mi salvador...

—Sí, soy don Luis,—exclama este,—soy el que en aquel venturoso dia os salvó la vida, y desde entonces os amo con un amor tan grande que nunca se estinguirá; mi repentina aparicion aquí ya os la esplicaré; pero decidme, decidme, ¿os acordásteis algun dia del que tanto os ama? ¡Ah! yo deliro, acordaros de este infeliz que solo vivia de vuestra imágen! no, no, imposible seria esto, hermosa hurí!

Doña María le miraba fascinada: su dicha era inmensa, le amaba, y con las mejillas coloreadas por el rubor, le dijo:

—Don Luis, os amo, sí, os amo desde el primer dia que os ví; desde entonces mi corazon es vuestro, y mi vida tambien, puesto que á vos os la debo.

Don Luis, loco de amor, la coge una mano, estampa en ella un millon de besos y exclama:

—¡Oh! gracias, gracias, hermosima virgen, me haceis el mas feliz de los mortales, y créome trasportado al sétimo cielo.

Al concluir estas palabras se sintieron pasos en la habitacion inmediata á la en que nuestros amantes estaban. Doña María, alarmada, exclama:

—Siento pasos, huid, huid, don Luis, por donde hayais entrado; alguien viene, quizá haya despertado mi padre!...

Don Luis estampó un último beso en su mano y marchó. Doña María lo vió desaparecer por la puerta secreta, cuya existencia hasta entonces habia ignorado.

CAPITULO V.

En el que el lector verá como las entrevistas nocturnas y á solas suelen ser peligrosas.

Desde aquella noche, don Luis y doña María eran felices: el primero ya no pensó mas en reconquistas ni en sediciones, olvidándose de su linaje, y la segunda volvió á ser alegre y comunicativa como antes, y solo le impedia el ser de todo feliz la presencia de don Pedro, que cada vez le era mas insoportable.

Este por su parte se perdia en conjeturas para adivinar la causa de la metamórfosis de su prima doña María.

Los dos amantes se veian todas las noches y se juraban eterno amor el uno al otro.

La puerta del subterráneo que comunicaba con la casa de doña María era ignorada de todos, á causa de lo bien disimulada que en la ensambladura estaba y solo la conocian nuestros amantes.

Así pasó tiempo y mas tiempo, y todas las noches se repetian las visitas, y las protestas de amor vehementes.

Una noche de delirio, en que á los dos devoraba esa fiebre que llaman amor, doña María desmayara en los brazos de su amante.

Desde entonces su amor se aumentó, y cuando estaba á solas besaba mil y mil veces un retrato que don Luis le habia dado, y que traia en el pecho.

Nuestros amantes esperaban con ánsia la noche para entregarse á sus arrebatos amorosos.

Por este tiempo don Juan, á causa de graves negocios, tuvo que ausentarse de Granada y esto ayudaba á nuestros jóvenes.

Los dias se sucedian con increible rapidez: ¡así sucede cuando somos felices!

Una noche, doña María, tan pronto como vió entrar á su amante, se arroja en sus brazos y con lágrimas de alegría y de sentimiento á la vez, le dice:

—¡Soy madre!

Don Luis participa de su alegría y empieza á formar proyectos para el porvenir referentes á su hijo.

Doña María aun no sabe la inmensa distancia que hay entre ella y don Luis, le cree cristiano como ella; pero don Luis al pensar que sus creencias los separan y que tendrá que vencer infinitos obstáculos para unirse con su adorada, tiembla; él que es tan buen creyente, ¿cómo vá á dejar la religion de sus padres?...

En un momento piensa en confesárselo todo; pero una idea le retrae de su pensamiento, y se pregunta:

—¿Amará lo mismo al cristiano don Luis de Sotomayor, que al musulman Aben-Amed?

Esta desconfianza le hizo desistir por mucho tiempo; pero por otro lado, reflexionando que algun dia era necesario que ella supiese todo, una noche, entre el temor y la esperanza, la reveló lo que por tanto tiempo la habia ocultado; la dijo quién era, su verdadero nombre, á qué habia ido á Granada; en fin, nada la ocultó.

Doña María le escuchó con marcada atencion, y con sorpresa de don Luis sus facciones no sufrieron alteracion alguna.

Así que concluyó su relacion, doña María, con el rostro inundado de lágrimas, se echó al cuello de don Luis y con acento dulce, exclama:

—¿Y qué importa que seas moro? Descendiente de Boabdil, ¿no eres el padre del hijo que traigo en mis entrañas? ¿Cómo creiste jamás que yo pudiese aborrecer al padre de mi hijo? Las creencias nos separan, pero ahora que tienes un hijo no vacilarás en abandonar tu religion por la mia; sí lo harás, ¿no es verdad? ¡Qué felices seremos entonces! Nuestro hijo será muy hermoso y noble como tú, y le amaremos mucho, ¿no es verdad que tú deseas esta felicidad?

La frente de don Luis, hasta entonces radiante de alegría, al final de estas palabras empezó á anublarse; hacerse cristiano le parecia imposible; abandonar á doña María... eso jamás; pero encontró un medio; huir con ella; y cogiendo una mano de la jóven, la dice:

—Sí, María, amaremos mucho á nuestro hijo; pero una union entre los dos aquí, en tu país, es imposible. Yo seria un perjuro si abandonase las creencias de mis padres... ven, abandona este país y allá en Africa seremos felices. Tengo inmensas riquezas con que satisfacer tus mas grandes caprichos. En Africa, allí en donde el sol abrasa, allí en donde la palmera presta sombra al cansado peregrino, en aquel país de valientes, una tribu entera acata mi voluntad y me respeta y se inclinará ante tí; ven, ven, seremos felices. Allí nos consagraremos á nuestro amor y á la educacion de nuestro hijo.

No pudo continuar. Doña María desprendiendo su mano de entre las suyas, le interrumpió exclamando:

—Don Luis, lo que me proponeis es infame; os creia un hombre de

honor; pero veo no sois mas que un malvado: ahora conozco vuestras bajas e innobles miras. ¡Oh! proponerme abandonar á mi padre! jamás, una dama española no abandona á su padre por seguir á un amante. Desgarrásteis mi alma, me habeis deshonrado y os negais á cubrir mi honor... y la infeliz lloraba; pero luego añadió con altivez:—Os desprecio, don Luis, os desprecio tanto como os amé!

Don Luis al oir tan duras y sentidas palabras, que como plomo derretido caian una á una en su corazon, arrojándose á sus piés, exclamó:

—Oh, María, ¿no ves que esas palabras me matan? ¿no ves que cada una es un puñal que clavas en mi corazon? Te amo, te amo cual jamás amó hombre ninguno, ¿quieres que muera aquí á tus pies? dímelo, pronuncia una sola palabra y atravesaré mi corazon. Un arrebato de este amor que tengo me hizo proferir esas malditas palabras y te propuse la fuga; pero conozco mi falta y te pido perdon; haré todo lo que quieras, seré cristiano, seré tu esclavo, pero dime que me perdonas, dime que me amas como antes, dímelo en nombre de tu Dios, de ese Dios... que será el mio!

Al oir doña María expresarse así á don Luis, sintió que su indignacion desaparecia, comprendió que la amaba, y mas enamorada que nunca, le tendió la mano diciéndole:

—Levantad, levantad, don Luis, me habeis hecho padecer mucho; pero esas palabras me consuelan, ¿por qué no me hablais siempre así? ¡Oh! yo te amo, pero es preciso que me jures hacerte cristiano.

Doña María, loca de alegria, le abraza, y el jóven regaba sus manos con ardientes lágrimas.

Aquella noche se despidieron mas felices y enamorados que nunca. Doña María toda la noche estuvo pensando en su hijo y en la felicidad que disfrutaria con su amante.

CAPITULO VI.

De cómo los celos obran en el alma de don Pedro y de cómo empieza á ser el ángel malo de los dos amantes.

Don Pedro, que como ya hemos dicho queria casarse con doña María, y no recibiendo de esta mas que desprecios, conoció que otro era mas feliz que él. Los celos le roian el alma, pero no sabia quién era su rival.

El amor que tenia á su prima iba convirtiéndose en lúbricos deseos y en sed de venganza, porque los desprecios de esta ofendian su amor propio, del que tenia bastante dósis. El conocia que doña María amaba á otro y que le veia; ¿pero como dar con él? Ya lo veremos.

Sobornó á la doncella que servia á su prima y la encargó que espiase á doña María. Habia dias que no la veia, hasta que una mañana la ve en una iglesia con su doncella; la palidez que por su rostro estaba estendida, sus marcadas ojeras y otras mil señales que el celoso don Pedro vió, le hicieron presumir si su prima estaria embarazada. Aquel dia fué á verla, y al entrar la infeliz doncella le entregó un retrato que en la cama de doña María habia encontrado. Maquinalmente y sin mirarle le guarda y pregunta á la criada si averiguó algo mas; nada sabia: le pregunta por la salud de su ama y entonces le dice que doña María era atacada de contínuo por fuertes vahidos. Con estas nuevas ya no le queda duda á don Pedro que su prima luego va á ser madre.

Se dirige á su casa con el corazon lleno de hiel; abre el medallon que Inés la doncella de doña María le habia dado; y su alegría fué inmensa; en aquel retrato reconoció las facciones de don Luis de Sotomayor. Empieza á tramar un plan de venganza; ya conoce á su rival y está contento.

Desde aquel dia le busca en todo Granada, necesita vengarse, tiene verdadera sed de sangre; pero sus pesquisas son en vano, no le encuentra, y se entrega á furiosos arrebatos de cólera. Perdiendo la esperanza de vengarse en su rival, su alma inícua busca un medio infame, digno de él. Piensa en noticiar á su tio, que, como dijimos, se hallaba fuera de Granada, el deshonor de su hija, y así se vengaria de su prima. Pero luego desecha esta idea porque no le satisface; su rabia es muy grande y su venganza quedaria satisfecha á medias: lo que quiere es la vida de don Luis, quiere cebarse en su sangre; matándolo, mata tambien el corazon de doña María, y, quién sabe si despues aun puede ser suya.

Cada dia que pasa su furor de venganza se agranda, y en su mente forma planes execrables.

Quiere ir á hablar á doña María, á atormentarla; pero está indispuesta y no puede verla. La doncella, á pesar del oro y de las preguntas que don Pedro le hace, no puede decirle nada, nada que le ilumine, porque doña María la hacia alejar de su habitacion y solo la llamaba para las cosas mas precisas.

Dejemos á don Pedro, mas celoso que un turco, fraguando planes, y volvamos á nuestros amantes.

CAPIULO VII.

De cómo doña María dió á luz un niño, y lo demas que verá el lector.

El dia en que doña María iba á ser madre estaba muy cerca.

Don Luis hacia dias apenas salia del subterráneo, esperando con ansiedad aquel dia en que pudiese llamarse padre, y muchas de las noches las pasaban los dos jóvenes en el salon donde por primera vez habia visto don Luis el tesoro.

Doña María habia notado con angustia cierta mañana que habia desaparecido el retrato de su amante, que ella conservaba como una preciosa reliquia.

Buscó con ánsia por su habitacion, revolvió todo; pero en vano, no parecia; entonces llamó á Inés y le preguntó por él. La turbacion al responder y su voz balbuciente dió á conocer á doña María que alli habia algun misterio, é interrogando con acritud á Inés, consiguió que ella, llena de remordimientos por haber vendido los secretos de su cariñosa ama, le contase todo con las lágrimos en los ojos y jurándola que su arrepentimiento era sincero y que nunca volveria á faltar á sus deberes.

Doña María al oir la revelacion de Inés, comprendió lo fatal que aquel retrato podia serle; comprendió que el inícuo don Pedro podia servirse de él como de una terrible arma que seria funesta á los dos amantes, y su alma se llenó de amargura; y, sin embargo, su corazon tan bueno, al ver el llanto de Inés, la perdonó, y para darla una muestra de que se fiaba en adelante de su discrecion, le reveló todo su estado, sus entrevistas secretas con don Luis y el amor impuro que don Pedro la tenia.

Inés, que tenia un buen fondo y que queria á su señorita en estremo, conoció lo perverso de su conducta, y estaba sumamente avergonzada y pesarosa, rogando á doña María que la perdonase y que olvidase su falta.

Entretanto, el dia fatal y venturoso á la vez estaba próximo.

Habia tenido cuidado de que nadie entrase en su habitacion sino su doncella Inés, que desde que conoció el estado de su señora la servia con mas solicitud que nunca; y tambien desde entonces fué para doña María, mas que doncella una amiga.

Don Luis desde que vió la proximidad del parto de doña María, buscó una mujer para entregarle el niño y que lo criase.

Por fin cae en cama la jóven, y una noche dió á luz un hermoso niño. Su alegría fué inmensa; se habian cumplido sus mas ardientes deseos. ¡Era madre!

Don Luis temia por la vida de la jóven, pero cuando Inés fué al subterráneo á decirle que doña María estaba fuera de peligro y que habia nacido un niño, todo su temor se convirtió en alegría, y deseoso de ver á su hijo entró en la estancia de aquella.

Cogió al pequeñito para llevárselo á la nodriza, que habia buscado; pero antes de que se lo llevase, doña María, deteniéndole, le dijo:

—Luis, bautízale y ponle el nombre tuyo. Ya que no puedo tener por ahora el gusto de tenerlo á mi lado, prométeme que todas las noches me lo traerás para que yo lo bese; encarga que lo cuiden mucho; ¡hijo mio,—decia apretándole en su seno (y lo besaba) cómo se parecerá á tí! ¡Qué trabajo me cuesta separarme de él!... ¡Oh! llévatelo pronto; porque si no ya no podré separarme de él, pero ya que es preciso, que sea pronto.

Don Luis miraba amorosamente á su tierno hijo y á su adorada; le prometió que todas las nóches le vería y que seria cristiano, bautizándolo con el nombre de Luis; y metiéndolo bajo su capa salió con él.

Ya era muy entrada la noche, se dirigió al Albaicin, llamó á una pequeña casa; al poco rato una mujer, jóven todavía, bajó á abrir; era la nodriza que ya le esperaba; le dejó su hijo y le encargó todo lo que doña María le dijera que hiciesen con él.

Al otro dia doña María recibió una carta de su padre noticiándola que dentro de muy poco iria á abrazarla.

Otras veces doña María habia recibido con placer las misivas de su padre porque le quería estraordinariamente; pero aquella la alarmó. ¿Cómo iba á responder á su padre de su honor? Tarde ó temprano tendria que saber el desliz de su hija, y él que era tan inexorable en puntos de honra ¿qué haría con ella?

Estos pensamientos eran muy tristes para doña María; pero toda esta tristeza desapareció á la vista de su hijo, á quien don Luis llevó á la noche junto á ella. Le colmaba de caricias y siempre tenia que advertirla que era hora de llevarlo, pues la pobre madre quería tenerlo á su lado regándolo siempre con sus lágrimas.

A los pocos dias se halló restablecida del todo.

Don Luis, fiel á la palabra que diera á la jóven, rara era la noche en la cual no se dirigiese al Albaicin, cogiese á su hijo, lo metiese bajo su capa y se lo llevase á su madre, que con todo el entusiasmo del amor maternal, le abrazaba y le acariciaba.

Mas como la desgracia viene siempre á anublar nuestra felicidad, hé aquí que vino á hacerlo ahora con la de nuestros jóvenes.

CAPITULO VIII.

Lamentable encuentro de don Luis con su rival.

Don Pedro, como ya hemos dicho, se daba á Satanás por no encontrar á su rival don Luis de Sotomayor.

Una noche oscura, como boca de lobo, venia don Pedro de un garito que junto al Albaicin frecuentaba entonces. En aquella época no habia alumbrado si se esceptúa alguno que otro moribundo farolillo junto la capillita de una Virgen, que la piedad de los vecinos hacia que le echasen aceite para sostener aquella sencilla ofrenda.

Don Pedro, pues, andaba casi á tientas, y gracias á la costumbre, aquel sitio le era familiar. Merced á la oscuridad no pudo distinguir un bulto que por el mismo sitio, solo que en sentido opuesto al de él, seguia la calle. Así fué, solo que el bulto y él se tropezaron, y como iba de prisa se repelieron con fuerza el uno al otro.

Don Pedro, que aquella noche venia de mal talante á causa de haber perdido en el juego, al verse tan bruscamente empujado, y fuera de todo esto era camorrista de suyo, sacó la espada y echando un redondo voto, y dirigiéndose al bulto, le dice:

—¿Quién sois? por las orejas del arzobispo, que os voy á enseñar cómo se trata á los hidalgos, señor bergante.

El bulto al oir á don Pedro, tambien tiró de la espada, y con voz cólerica esclama:

—Esas palabras, señor valenton, las pagareis caras.

Don Pedro tembló al sonido de aquella voz; pero tembló de cólera: la habia reconocido, era la del hombre que con tanto afan buscaba para matarle, era en fin la de su rival, de don Luis de Sotomayor. Entonces con todo el furor de su reconcentrado ódio se dirigió espada en mano á don Luis, exclamando:

—¡Oh! por fin os encuentro, don Luis; en guardia, en guardia, por fin me vengaré, sois mi rival, habeis deshonrado á doña María. ¡Oh! os mataré...

Y al mismo tiempo que esto decia, arremetia con furia á don Luis, pero sus golpes todos eran parados con increible destreza. Las espadas se encontraban, se chocaban con estrépito y lanzaban chispas en medio de la oscuridad. Ambos eran diestros, ambos valientes. Don Pedro atacaba jurando, y don Luis sereno y silencioso daba fuer-

tes mandobles; conocia á su adversario y sabia tambien que él era el martirizador de doña María, y al acordarse de esto atacaba con furia; aquel duelo no debia durar mucho, los dos se aborrecian de muerte. De repente se oye un grito, la espada de don Luis habia penetrado en el pecho de su contrario, este cae en tierra echando maldiciones.

Don Luis, viendo tendido á su adversario, emprende la fuga, porque entonces ya existia la prohibicion de los duelos, y la ley era inexorable; á los poco pasos distingue una luz, y luego conoce que es una ronda que frente á él se dirigia. Si la ronda le vé es perdido de pronto una idea le asalta, se acuerda de haber visto por el dia há cia el sitio en donde está, las ruinas de una casa. Se dirige á ellas y allí entre los escombros se esconde esperando á que la ronda pasase. Esta se para, don Luis no puede verla, pero oye estas palabras:

—«¡Diablo! aquí hay un borracho tendido en el suelo; pero calla, es un muerto!»

Uno de la ronda habia visto el cuerpo de don Pedro tendido en el suelo.

Todos se acercan, don Pedro aun no está muerto, le interrogan, y don Luis oye con rabia que el infame don Pedro, que sin duda para vengarse de su agresor no confiesa que tuvo un duelo, sino que declara que un asesino le habia sorprendido y que el asesino se llama don Luis de Sotomayor. Lo llevan á una casa inmediata para hacerle la primera cura. Entonces don Luis sale de su escondite.

Al oir la infame acusacion de su enemigo, la cólera le subió á la cabeza, y sacó su acero, pero el recuerdo de su querida María y el de su hijo le contuvo.

Luego que la ronda marchó con el herido, don Luis tomó el camino del subterráneo.

Doña María, ansiosa de abrazar á su hijo le estaba esperando.

Al verlo solo, su rostro palideció y exclama con voz desgarradora:

—¡Y mi hijo! ¡que me traigan á mi hijo!

Don Luis cogiéndola una mano le cuenta la aventura sucedida con su primo, y luego ahogando un suspiro, le dice:

—Querida María, la fatalidad quiere que nos separemos; el infame me acusó de asesino, y como á tal, la justicia humana me perseguirá. —Hoy al despuntar el dia abandonaré mi querida Granada.

Mientras el moro decia estas palabras, doña María le miraba con sorpresa, y abalanzándose á su cuello y derramando un raudal de lágrimas, esclamaba:

—¡Oh! qué desgraciados somos! ¡Abandonarme!... ¡y mi nijo! ¿Quién cuidará de mi hijo?... ¡Oh! no... no me abandones!... ten piedad de esta desdichada!... ¡Oh... Dios mio!... ¡Dios mio!

Y doña Maria estrechaba mas y mas á don Luis, quien con el

corazon desgarrado trataba de calmar el frenesí de aquella desconsolada madre, diciéndola:

—María, mi partida es indispensable, la justicia de Granada seguiria mis pasos, me prenderian como un miserable asesino, y luego, ¡qué seria de ti, pobre niña! Marchándome, puedo volver pasado algun tiempo. ¿Y quién sabe?... Aun podremos ser felices.

Esa sombra de esperanza de ningun modo podia tranquilizar el tempestuoso corazon de doña María; en esos momentos de luto, de desesperacion y de dolor, nuestra alma no cede á las vanas lisonjas de la esperanza, sino á los punzantes impulsos del dolor mismo, porque entonces mírase rodeada de un horrible é insondable vacío, contémplase aislada, y el pensamiento, girando vago y errante, no presenta á nuestra imaginacion mas que una árida realidad; en vano aquella podria darle una forma fascinadora y aparente.

No dejaron de ocurrírsele á don Luis estos mismos pensamientos, porque ademas de sus grandes cualidades físicas, estaba dotado de una imaginacion viva, profunda, penetrante, y de una alma poética, sensible y grande que comprendia perfectamente su situacion y la de doña María; por lo que considerando el poco efecto que en esta surtieron sus palabras aplicadas como medicinales, repuso:

—Alma mia, cálmate por piedad, y da cabida á la esperanza. Tu Dios que tantas veces fué testigo de nuestras dichas, de nuestros goces, y que lo es ahora de nuestro llanto, y de nuestro dolor, ese Dios de los cristianos y mio, tan justo, tan clemente, tan benéfico, y tan compasivo, no consentirá que dos almas sencillas y buenas sucumban ó yazgan por mucho tiempo bajo el dominio del dolor. Escuchará nuestros ruegos y hará por desvanecer estas horas de angustia y de desconsuelo, y hará que las sustituyan horas dulces de amor y de placer. Cálmate, María, cálmate; por tu Dios, por la vida de nuestro hijo... ¡Mi partida!... escucha, si tanto asombro te causa mi ausencia y ves lejos el término de esa esperanza que te doy, te juro que no será larga, pues aunque la fatalidad se empeñe en que sea así, yo con la ayuda de nuestro Dios, vendré alguna que otra vez á verte sin que la justicia y mis perseguidores se aperciban de mi venida á Granada. ¡Oh! tengo esperanza en Dios. El y el amor nos protegerán.

Doña María, que hasta ahora, dando un poco de desahogo á su corazon, habia estado dejando brotar de sus ojos copiosas y ardientes lágrimas, despues de un momento de silencio, exclamó:

—¡Oh, sí! El nos protejerá. ¡Tienes razon! Vete... vete... no pierdas tiempo alguno, vete antes que la justicia de Granada ponga en juego sus precauciones, y... ¡Oh, no... ¡no sé qué secreto temor desgarra en este instante mi pobre alma... ¡Luis!... ¡Luis!...

—María, desecha de ti esas vanas aprensiones que suelen ser asaz perniciosas.

—Sí, sí, tienes razon.... no pierdas tiempo.... vete... ¡Adios, Luis!... ¡Luis!...

—Adios... María!... tú vas conmigo, te llevo en mi corazon y en mi memoria... Tu imágen y la memoria de mi hijo querido será mi consuelo. ¡Adios... Adios!

E imprimiendo un ardiente beso en la frente de Doña María que al mismo tiempo regaba con las lágrimas que se desprendian de sus abrasados ojos, y provistos los bolsillos de dinero, salió sin pérdida de tiempo, cerrando tras sí la entrada del subterráneo.

Doña María perdió las fuerzas, y exánime cayó en los brazos de su doncella, quien asistia casi á todas las citas de los dos enamorados amantes.

Al romper la aurora, un caballero galopaba en un hermoso caballo árabe por el camino de Málaga; era don Luis.

Su amor quedaba en Granada, pensaba en María, en su hijo, y su corazon se partia de pena.

—¡Qué será de mi hijo? se preguntaba á sí mismo.

En un principio pensó llevárselo consigo; pero era muy pequeño, y un viaje precipitado no podia emprenderse con un niño que necesita los cuidados de una nodriza.

Con estos pensamientos el camino se le hizo muy pesado y triste. Llegó, al fin, á Málaga y pasados seis dias se embarcó á bordo de una goleta que salia para Argel.

Dejemos vogar la embarcacion hácia las costas africanas y volvamos á Granada donde quedaron los demás personajes de esta verdadera historia.

CAPITULO IX.

En el que se pone al lector al corriente de ciertos interesantes sucesos.

Mientras que don Luis, huyendo de la justicia y de las falsas acusaciones de su enemigo don Pedro, se dirige buscando asilo de refugio á las playas de Africa; en Granada, el alcalde de casa y corte instruye causa criminal contra el asesino de don Pedro, y pone todos sus esbirros en movimiento. Estos, al saber que el delincuente era

rico, se chupaban los dedos, como vulgarmente se dice, pensando en lo que el tal dejaria entre sus garras.

Don Pedro yacía enfermo de gravedad á consecuencia de la estocada que dias antes habia recibido, pues habiéndole entrado por el costado izquierdo, estuvo á pique de dañársele una de las articulaciones del corazon.

Doña María estaba inconsolable por la partida de su amante, y aun mas por no poder ver á su querido hijo. Las horas placenteras de amor y de deleite que antes habia disfrutado al lado de su correspondido amador, habian tornado á ser para ella horas aciagas de angustia y de quebranto. Tal sucede en nuestra vida; el dolor viene siempre como precursor de placer, y este á su vez como presagio del dolor. Por eso nos parecemos á una náufraga tabla que zozobra entre las encrespadas olas de un mar tempestuoso. Siempre flotando en continuo vaiven sin tener en nuestra vida un solo instante de equilibrio y de quietud. Gozamos y de entre el goce brota alguna escondida lágrima, y es sin duda mas lo que lloramos que lo que gozámos.

Don Juan, que hacia ya tiempo estaba fuera de Granada, al saber lo ocurrido á su sobrino, apresuró su vuelta á ella. Su hija le recibió con el mayor regocijo y satisfaccion de que era capaz en aquellos momentos. Tendióle sus brazos para que don Juan ocupase aquel amoroso vacío, pero este; lejos de aceptar aquellos estremos de amor filial, retrocedió sobresaltado, fijándose mas y mas en la demacracion y palidez que como un velo amarillo se estendia por el rostro de doña María, ocultando los antes rosados colores de sus mejillas.

—María, hija mia, ¿qué tienes? preguntó su padre con tanto dolor como si una duda funesta se le hubiese ofrecido á su imaginacion. ¿Qué quiere decir esa palidez y esas lágrimas?

—Padre mio, ¡perdon!... soy muy desgraciada, soy indigna de vos, he olvidado los mas sagrados deberes de la mujer... pero... ¡perdon!!! padre mio!...

Y postrándose de rodillas ante su padre, la infeliz confundia su mirada entre el polvo, y un color de carmin sonrojaba sus avergonzadas mejillas, poco antes tan pálidas.

Don Juan, al oir espresarse de ese modo á su hija, una nube sombría oscureció su frente, porque empezaba á descifrar el enigma, ó mejor dicho, á descubrir la causa ó motivo de la terrible y sorprendente trasformacion de doña María.

Quedóse por un momento pensativo, sombrío, inmóvil como si una paralisis entumeciera sus miembros y los despojara de toda accion natural; pero luego dirigiéndose á su hija y asiéndola de un brazo la sacudia y repelia fuertemente, diciéndola:

—Mírame frente á frente... desentierra tu mirada y levántala

hasta mí... ¿Qué es lo que has hecho? ¡Desdichada!... ¿Has mancillado el honor y la nobleza de nuestra ilustre familia?... ¡tú!... ¡ah!...

Y el iracundo é indignado anciano sacudia con mas violencia el brazo de su hija, que confusa y avergonzada no osaba alzar los ojos del suelo en que los tenia clavados.

—Responde pronto... Dime, dime que eres pura, que no has mancillado mi honor, que no has manchado tus manos en el crímen... ¿No me respondes?...

—¡Perdon! ¡perdon!!!

—¡Eres culpable!... ¡Ah!... desgraciada!... impura!... ¡Huye de mí!... Huye... pero, no, no, dime primero el nombre del infame seductor! Dímelo pronto... ¡Oh rabia! Ardiendo estoy en sed de venganza! su nombre... pronto... dí...

Doña María, no pudiendo resistir los bruscos embates de sus emociones, perdió las fuerzas y cayó desmayada.

Don Juan, indignado, como padre ofendido, salió dejando á su hija en los brazos de su doncella. El pobre anciano parecia un loco; sus ojos centelleaban y brillaban como carbunclos, sus cejas fruncian un terrible y sañudo ceño, y sus crispadas manos mesaban ferozmente sus blancos cabellos, y todo su rostro parecia vérsele desencajar por instantes, á la manera que se desencaja el de un moribundo en las últimas agonías de la muerte.

Loco, colérico, furioso, se dirigió á la casa de don Pedro; este se hallaba en cama á causa de su grave enfermedad.

Al ver don Pedro la cara desencajada y el terrible aspecto de su tio, tembló como un azogado: don Juan se dirigió á él, y lleno de cólera le dice:

—Don Pedro, sois un infame, vos que llevais espada no la debiérais usar. ¿Cómo me respondeis del honor de mi hija?... Decidme, don Pedro, decidme, ¿cómo no impedisteis tamaña deshonra? ¡Oh! sois indigno de vuestro nombre, don Pedro.

Don Pedro, incorporándose un poco, aunque con trabajo, le interrumpe diciendo con bastante serenidad, á despecho de lo que acaba de decirle:

—Os juro, don Juan, que en vuestra casa no ha entrado ningun hombre. Yo no puedo evitar esa desgracia, como nadie la hubiera podido impedir; por una rara casualidad supe quién habia sido el infame seductor; es el mismo que me ha dado esta estocada.

—¿Quién es? decidme dónde está... ¿cómo se llama? repuso don Juan con voz algo atronadora.

—El traidor se fugó, y las diligencias que se hacen en su busca son vanas.

El anciano, entonces, dejando caer la cabeza sobre el pecho, quedó un momento pensativo, y luego esclama:

—¡Oh baldon! ¿con que es decir que ya no hay medio de cubrir la deshonra de María? ¿Ni de vengarla? ¡Oh! esto es doloroso, horrible!...

Y el pobre anciano dejaba caer de sus ojos gruesas y pesadas lágrimas, diciéndose á sí mismo: Sí... mi hija irá desde hoy á un convento á expiar en él su falta, y yo... yo... moriré de desesperacion.

Al fin, recobrando un poco de serenidad, se despidió de su sobrino, y salió, volviendo á su casa con aire de resignacion, aunque bastante sombrío y pensativo.

Aquella misma noche, doña María fué conducida á un convento: su padre ni siquiera quiso verla.

Doña María padecia horriblemente: solo le faltaba este último golpe. Lejos de su amante, no poder ver á su hijo, y, por último, haber perdido el amor de un padre, era bastante para que la criatura mas cuerda perdiese todo su juicio. Una calentura rebelde la devoraba, y una noche temieron por su vida. Deliraba, y en medio de su delirio mezclaba los nombres de don Luis, de su hijo y de su padre.

A la mañana siguiente la fiebre se calmó, pero su estado era todavía bastante peligroso.

Don Juan encerrado en su habitacion, no queria ver á nadie. Su desesperacion era profunda.

CAPITULO X.

Don Pedro sigue buscando medios de vengarse.

Seis meses habian trascurrido desde la tristísima noche en que doña María fué conducida al convento. Sus dias habian sido muy aciagos para ella: se habia librado á duras penas de la fiebre que la consumia; pero su corazon seguia padeciendo horriblemente; no era posible encontrar remedio.

Don Juan estaba, como al principio, triste; la alegría habia abandonado completamente aquel rostro.

Don Pedro, que ya se habia restablecido de su enfermedad, no cesaba de fraguar y de inventar miles de proyectos y de venganzas con que poder satisfacer sus deseos y desahogar su rencor y su rabia. Su imaginacion malévola y depravados sentimientos le habia llevado á encontrar y no desperdiciar un medio tan inicuo como miserable que se le habia ocurrido, y que era grato y brillante para él. El medio imagi-

nado era apoderarse del hijo de su prima y de don Luis, único fruto de sus amores.

En efecto; buscaba con insaciable ardor el tierno hijo de su prima doña María; por fin, la casualidad se lo deparó. Cierta tarde que iba solo por uno de los paseos de Granada, vió una nodriza que seguia el mismo camino que él, con un hermoso niño en los brazos. Don Pedro, por uno de esos inesplicables accesos de voluntad, flechó una curiosa mirada á aquella criatura y á aquella nodriza. La hermosura y viveza del tierno infante le interesaron mucho. Se acercó á él, y el alegre niño le tendió sus lindas manecitas. Don Pedro, por largo rato estuvo contemplándolo fijamente, y le pareció ver en aquellas infantiles facciones, aunque lejano, un parecido á su prima; entonces preguntó á la nodriza, quiénes eran los padres de aquel niño tan bonito. Como tal pregunta embarazara un tanto á la nodriza y como viera ademas en un pañuelo las iniciales del nombre y apellido de su prima, no dudó un solo instante que aquel debia ser el hijo de los amores de don Luis y de doña María, y él al mismo tiempo el inocente instrumento de su insaciable y sedienta venganza.

Siguióla, pues, á algunos pasos de distancia; al llegar á una calle de las mas solitarias de la ciudad, la noche estendia su negro manto: entonces don Pedro, aprovechando la ayuda que esta le prestaba con sus sombras se arrojó sobre la nodriza, se apoderó del niño á despecho de las resistencias que la infeliz le opuso, y huyó. Su venganza era segura.

CAPITULO XI.

En donde el lector sabrá lo que ocurrió á don Luis de Sotomayor.

Despues de haber atravesado un mar asaz revoltoso y de haber navegado á merced de una cruda tempestad que le habia puesto á pique de perder la vida, y hecho pasar por miles de averías, arribó don Luis á Argel.

Luego que hubo recorrido y contemplado su patrio suelo, se le ocurrió comprar una casa á orillas del mar; en efecto, así lo hizo: la adquirió, y en ella, alimentado de sus tristes recuerdos, esperaba ansioso el dia en que pudiese sin peligro alguno volver á Granada. Así estuvo por espacio de seis meses; al cabo de los cuales afectado por el vehemente deseo de saber lo que habia sido de su idolatrada

doña María y de su querido hijo, emprendió la vuelta hácia Granada.

Una blanca peluca desfiguraba su rostro surcado por fingidas rarugas: era imposible conocerlo.

Al entrar en la ciudad, que tantos recuerdos abrigaba para él, llamó su atencion una inmensa muchedumbre de gentío que seguia un féretro, un sinnúmero de sacerdotes entonaban sordamente cánticos de muerte, y lo restante del fúnebre cortejo, rezaba silencioso por lo bajo.

No sabemos por qué presentimiento estraño, se le oprimió el corazon á don Luis: es lo cierto, que acercándose á uno de los que acompañaban el cadáver, le preguntó:

—De quién es el cuerpo que encierra ese atahud?

—Es, le respondieron, la hija de don Juan de Mendoza, llamada doña María.

A estas palabras, don Luis sintió resbalar por todo su cuerpo un sudor frio, la sangre se le helaba en sus propias venas, una mortal palidez inundaba su rostro, y un temblor brusco y como de temor, agitaba violentamente sus músculos: poco le faltó para perder el equilibrio.

—Pero, señor, ¿qué teneis? le preguntó su interlocutor.

Entonces Don Luis para no infundir en aquella gente mas sospechas, procurando dominarse, le dijo:

—No... no temais... estoy bueno, acostumbran á darme una especie de vértigos siempre que veo estos espectáculos, porque me recuerdan la muerte de una hija mia... pero... gracias, buen hombre.

Don Luis acompañó el féretro hasta el mismo cementerio, y luego vió cubrir con tierra aquel adorado cuerpo y aquel divino rostro que tantas sonrisas amorosas le habia prodigado, y en el cual habia bebido tantas veces el consuelo de sus penas.

El desventurado amante yacía sumido en la mas profunda meditacion, fijos sus llorosos ojos en aquella tierra recien movida que separaba de las miradas de este para ocultar en la tumba del olvido á la única que habia adorado su corazon, á doña María.

Toda la gente habia abandonado ya aquella sombría morada.

—El sepulturero iba cerrar, cuando vió á un hombre que inmóvil como una estátua, permanecia impasible junto á la fosa que acababa de llenar.

—¡Eh! buen hombre, gritó el enterrador, ¿no veis que voy á cerrar? ¿ó es que quereis hacer compañía á los muertos?

Don Luis entonces levantó la cabeza, le pareció que estaba soñando; mas, pronto acordándose del féretro, y no dejando pasar tan buena ocasion como se le ofrecia, se acercó al sepulturero, diciéndole:

—¿Quieres ganar cien escudos de oro?

—¡Señor!... ¡cien escudos!... repuso el sepulturero: nunca ví tanto dinero junto, ¡y en mis manos! Y en sus legañosos ojos se leia perfectamente una sórdida avaricia.

—¿Y qué tengo que hacer para ganar esa inmensa riqueza? añadió.
Don Luis sacando una repleta bolsa, le dice:
—Oyes: para ganarlos tienes que abrirme la puerta del cementerio á las doce de la noche, y dejarme sacar el cadáver de esa jóven que acabas de enterrar.
Y le enseñaba la bolsa que producia un sonido metálico.
El sepulturero miraba á la bolsa y estaba indeciso. Una profanacion con un muerto! se decia á sí mismo; pero, por fin, venciéndole el sonido del metal, prorrumpió:
—¿Y me dareis ahora todo ese oro? No estrañeis, señor, que os hable así: soy padre, y este oficio no da lo bastante para impedir que mi mujer y mis hijos se mueran de hambre. Con que...
—Toma, toma; esa bolsa contiene cincuenta escudos: cuando venga por el cadáver te daré la otra mitad.
—Muy bien, señor; desde las doce y media os estaré esperando.
—Dios te guarde y puntualidad.
—Con El vayais, señor.
—Don Luis tomó el camino de la ciudad; el miserable enterrador, luego que se vió solo, abrió la bolsa y se puso á contra los escudos que contenia, mirándolos y remirándolos con una sórdida desconfianza. Cierto era que nunca habia visto tanto oro.

CAPITULO XIII.

En el que el lector verá otras cosas que mucho le interesan.

Don Luis se dirigió á casa de la nodriza con la esperanza de ver á su hijo. Al llegar, sacóse la peluca, y ella entonces le reconoció: Su hijo estaba allí, que gordo y alegre empezaba ya á balbucear algunas palabras.
Don Luis lo cogió en sus brazos imprimiendo en su tierna cara una infinidad de besos; y luego, dirigiéndose á la nodriza, la dice: Id en busca de un médico y decidle que venga aquí; procurad que sea de los doctos de Granada.
Mas... ¿y vuestro hijo?
—¡Ah, señor! quisiera el cielo que mi pobre hijo viviera tambien... Dios mio!... yo no sé lo que será de él!...
Y así diciendo rompió llorar.
Sorprendido don Luis, aun en medio de su dolor, preguntóle la causa de su llanto y cómo fuera la pérdida de su hijo.
Por las señas que la pobre mujer habia dado del raptor, ninguna,

nada le quedó de que era el infame don Pedro: aunque sintió la desgracia de la pobre mujer, no le disgustó la equivocacion.

Así diciendo, se encaminó á casa de dicho doctor, y al poco tiempo volvió junto con él á don Luis.

Era el doctor un hombre como de cuarenta años. Su cabeza estaba calva, su frente despejada, y sus ojos negros y rasgados despedian una mirada viva y penetrante, que revelaba perfectamente ser un hombre de ciencia; y amen de todo esto, un aire grave y doctoral.

Al entrar saludó finamente á don Luis; este hizo una seña á la nodriza para que los dejase solos, y acercándose al recien venido, le dice:

—Doctor, ¿os atrevereis á embalsamar un cadáver esta misma noche?

El doctor se quedó un momento pensativo, y luego contestó:

—Sí, ¿y en dónde está ese cadáver?

A las doce de la noche, lo tendreis aquí, ó donde querais, repuso don Luis.

—A mi casa será mejor que lo lleveis; allí tengo todo lo necesario, y además vivo solo.

—En tal caso, á las doce y media ó la una de esta noche lo tendreis.

—Conforme. Quedad con Dios.

—El os guie, doctor.

A las once de la noche, don Luis se encaminó hácia el cementerio: cuando llegó encontró al sepulturero que ya le estaba esperando.

—¿Sois vos, señor? le dice este.

—Sí, repuso don Luis; aquí tienes la otra mitad que te debo.

El sepulturero guardó la bolsa.

La noche, por lo oscura y nebulosa, favorecia sus intentos.

Provisto de ese solo útil, se adelantó hácia el sitio donde habian sepultado á doña María, prestándole su linterna una muy débil luz.

Al dar unos cuantos pasos le pareció distinguir un bulto que se movia instantáneamente: levantó entonces la linterna y vió á un hombre que sacaba dos pistolas y que las apuntaban hácia él.

Don Luis se adelantó un poco más, y pudo reconocer en aquel hombre al primo de doña María.

Don Pedro reconoció tambien á don Luis, su mayor enemigo. A buen tiempo habeis llegado, le gritó aquel. Don Luis, esta es la vuestra; y diciendo esto, le disparó una pistola; pero afortunadamente no salió el tiro.

Don Luis, entonces, echando mano á su aguda gumia, se avalanzó á su enemigo, diciéndole;

—¡Infame! ¡vais á morir! Querias profanar este sepulcro; pues bien, ya llegó la hora de que vos le ocupeis en lugar de la que lo ocupaba. ¡Morid, traidor!

Y diciendo esto, enterró su acerada gumia en el pecho de don Pedro, que dando un débil grito, cayó en tierra.

Abrió precipitadamente la fosa don Luis, y aunque con bastante trabajo, sacó de ella el cuerpo de doña María, echando en la misma fosa el de don Pedro.

Al tiempo de retirarse, halló á la puerta al sepulturero.

—Señor, dijo este, ¿llevais el cadáver?

—Sí, repuso don Luis con breve voz, llevando sobre sus hombros aquella preciosa carga, que tantos recuerdos de felicidad y de amargura encerraba para él.

—Señor... escuchad...

—Déjame, no quiero perder tiempo; el dia se acerca y me es preciso salir cuanto antes de este sitio... Mas... escucha: me has prestado un servicio de inestimable valor. El secreto de este servicio, tanto te interesa á tí guardarlo como á mí. ¡Pero, ay de tí si algun dia, por una necia indiscrecion, llegas á quebrantarlo! ¡Entonces pagarias con tu vida semejante torpeza!

—Perded cuidado, señor, afirmó el sepulturero; mi boca hablará tanto como esas tumbas que veis...

—De ese modo hallarás tu recompensa. Adios.

—El os guie.

Y don Luis, atravesando con forzado paso el dintel de aquella mansion del silencio, desapareció, perdiéndose bien pronto el ruido de sus pasos con el murmullo de la brisa que con sus ráfagas comenzaba á anunciar la próxima alborada.

Don Luis llegó por fin á casa del doctor.

A una señal suya abrióse la puerta de aquella casa con tal misterio, que bien pudiera decir que dicha puerta, obedeciendo á una voluntad sobrehumana, se abriera y cerrara por sí misma despues de dar paso á aquellos dos cuerpos, el uno frio é inerte, el otro animado solo por el calor de la fiebre, a la cual se mezclaba una resignacion cuyo carácter dificil es describir

Subió don Luis con su adorado tesoro varias escaleras, hasta llegar á una habitacion, donde puso sobre una mesa el cuerpo de su amada.

El doctor se acercó, y con esa mirada profunda del filósofo, esa mirada rígida con que el sábio parece querer leer en las entrañas de la misma tierra lo que permanece escondido á los ojos de la ignorante muchedumbre, observaba en aquel cuerpo exánime y frio. En aquella mirada cualquiera pudo observar un destello instantáneo de admiracion y alegría, que fué sin embargo, bastante rápido, pues bien pronto volvió á quedar en su habitual meditacion.

Don Luis, que hasta entonces, con la cabeza entre sus manos, se entregaba á los mas tristes pensamientos, levantó su abatida frente y dijo:

—Doctor, ¿qué haceis? Yo os rogué embalsamáseis ese cuerpo, que aprecio como el mas inestimable tesoro. El tiempo urge, y...

Pero el doctor, haciendo con la mano una señal como para contener las palabras del jóven, respondió:

—Imposible, imposible... Salíos por un momento, don Luis; luego os llamaré. Idos, idos, yo os lo ruego

—¿Por qué me mandais eso? observo con admiracion el caballero.

—No lo mando, señor, os lo suplico. Salid por un momento, salid.

Don Luis, sin añadir otras palabras más, abandonó maquinalmente aquella estancia, y lleno siempre de tristísimas ideas, fué á sentarse en el último peldaño de la escalera.

El doctor entonces se aproximó á una mesa, tomó de una cajita de ébano un pequeño frasco, volvió al lado de aquel cadáver, y vertiendo dos solas gotas entre los abiertos lábios, esperó conteniendo la respiracion, clavando su vista de una manera intensa, el resultado de aquel misterioso licor.

Dos minutos pasaron.

Un calor comenzó á brotar de aquel cuerpo antes tan frio; un movimiento, al principio bastante imperceptible, se dejó notar, su boca dió paso á un prolongado suspiro, aquellos ojos se abrieron y volvieron á cerrar instantáneamente heridos por la luz. Varios movimientos repetidos indicaron que aquel cuerpo tenia vida.

El doctor entonces alzó los ojos de aquel que antes parecia cadáver y los clavó en el cielo.

Era el hombre que bendecia á Dios, admirado de la ciencia que él habia legado al hombre.

—Don Luis!... dijo aproximándose á la escalera· acercaos.

—Don Luis llegó á él.

—Bendecid á Dios, dijo: vuestra esposa vive.

—¡Vive! esclamó el jóven, dando á aquella esclamacion salida de lo más íntimo del alma, una impresion casi insensata... Vive, vive, repetia maquinalmente... ¡Oh, doctor, no me engañeis! Mas, no, no, perdonad! vos no podreis engañarme, esto seria cruel: ¡oh! ¡quiero verla, Dios mio! quiero verla...

Y así diciendo se adelantó hasta el sitio donde su adorada estaba, en el momento en que esta se incorporaba preguntando con ánsia y admiracion:

—¡Dónde estoy!

—Aquí, conmigo, esclamó don Luis, lanzándose á ella y estrechándola entre sus brazos.

¡Pero qué es esto! ¡qué me ha pasado!... Ah! sí, repuso luego como evocando recuerdos. Habia muerto para el mundo, Dios mio! pero yo existia y me sentia enterrar viva... ¡Qué horror, Dios mio!

Y así diciendo se cubria el rostro con sus lágrimas. Lloraba.

Y don Luis lloraba tambien, y sus lágrimas se mezclaban á los suspiros que de su pecho salian al mismo tiempo·

—Llorad, dijo el doctor, llorad, ese llanto refrescará vuestros corazones, y sera el bálsamo que os devolverá á vos la vida, señora.

Los amantes seguian estrechados aun; y sus almas unidas en una sola se entregaban á la dulce espansion de su amor ilimitado, sublime.

¡Oh! si entonces ambos hubieran muerto realmente, ¡cuán felices! ¡cuán dulce seria sn muerte!

Pasados aquellos trasportes de agradable llanto, de espansivo desahogo, don Luis se volvió al doctor y le dijo:

—Gracias, gracias, amigo mio, por un favor tan inapreciable como el que me acabais de prestar. Os debemos ambos nuestra vida y nuestra felicidad. Nada será bastante á recompensarlo; pero si un corazon agradecido lo es para satisfacer nuestra buena obra, contad con el mio, caballero, contad con el imperecedero amor de un hermano: por otra parte, si de cuanto poseo llegais á necesitar, vuestro es; una palabra, y todo, todo está á vuestras órdenes...

—Nada necesito, don Luis: á mí me basta la satisfaccion de haberos proporcionado este dia, digo este dia, largos dias de suprema felicidad. Os dejo, señora; ya la ciencia no es necesaria en esta ocasion; no quiero estar por mas tiempo; mi presencia es necesaria en otros lados, vuestro reposo... Quedaos con Dios.

—El os guie, doctor, él os guie, dijo don Luis abrazándole y acompañándolo hasta la puerta de la calle, que volvió á cerrar.

—Maria, dijo al volver junto á su amada: es preciso que nuestra felicidad quede asegurada; es preciso que esta felicidad sea tranquila, sin azares. Yo pondré los medios, mejor dicho, ambos trataremos de ese dulce bien que será el de nuestro amado hijo...

—¡Oh, sí, sí, Luis! Dios quiera escuchar nuestros votos.

EPÍLOGO.

Seis años despues de lo que acabamos de referir, un grupo de tres personas, don Luis, doña María y su hijo, se hallaban arrodillados á la cabecera de un anciano moribundo.

María, su marido y su hijo querido recibian la postrera bendicion de su padre.

Vistieron luto largo tiempo y nunca lo sacaron del corazon.

Falta que os digamos, queridos lectores, que don Pedro, tratando de satisfacer un deseo criminal, un apetito mezquino y vil, compró á peso de oro un narcónito que debia hacer pasar por muerta á la pobre María. Pero Dios, que vela por las almas virtuosas, Dios, que siempre tiende su mano en apoyo del que sufre y es bueno, libró de este infame lazo á los desdichados amantes.

Para aclarar mas lo del rapto hecho á la nodriza, diremos de una vez que don Pedro se equivocara de medio á medio llevando el hijo de aquella infeliz mujer, el cual pereció víctima de la mas cruel é injusta barbarie, de la mas inícua venganza.

Recompensaron á la buena mujer, si recompensarse puede la pérdida de un hijo querido.

Sin embargo, la infeliz, ignorando el fin funesto del ser á quien diera vida, y que solo sabemos nosotros por una mera casualidad, vivió largo tiempo esperando encontrarle, aunque bien pronto el tiempo mismo la robó su esperanza.

Si don Pedro viviera algunos años despues y viera el cuadro de felicidad que presentaba aquella familia noble y virtuosa, seguro es que hubiera muerto de cólera y de envidia.

Nosotros, que solo deseamos que el bien reine en todas partes, nos alegramos de que hayan sido muy felices, y mucho mas de haber dado fin á nuestra historia.

FIN.